

LA VOLUNTAD DE PODER COMO DESORDEN DE LA VIDA PSÍQUICA: ADLER Y SANTO TOMÁS

El psiquiatra Alfred Adler (1870-1937) nacido en Viena y colaborador de Sigmund Freud en los comienzos del psicoanálisis, del cual se separó por no coincidir con sus ideas, estudia principalmente –con muy buenas intuiciones– el problema de las enfermedades psíquicas. La “voluntad de poder” es la patología por excelencia, ya que es la causante –a modo de fin– de los desórdenes de la personalidad. Si bien Adler expresa la misma teoría en toda su obra, lo hace fundamentalmente en su libro “El carácter neurótico” publicado en 1912 luego de su ruptura con Freud.

Adler propone estudiar la neurosis partiendo de las compensaciones que resultan del sentimiento de inferioridad (que comienza en la infancia) y que se resuelven en un sentimiento de superioridad, afán de poder, elevación del “sentimiento de personalidad”, cuyo objetivo final es lograr la supremacía sobre los demás, el estar siempre por encima de los otros, su aspiración a ser el más fuerte y el mejor. Afirma Adler: «Hasta ahora venimos considerando el aumento del sentimiento de personalidad, siempre en procura de lograrse con especial vigor, como la fuerza fundamental y el objetivo de la neurosis. Pero no ignoramos que este deseo se halla profundamente enclavado en la naturaleza humana. Si se examina más de cerca este deseo –al que Nietzsche denominó “Voluntad de poder”– y se observan sus formas de expresión, se comprueba que en el fondo no es más que una fuerza compensadora especial, destinada a poner término a la inseguridad interna común a todo hombre. Con la ayuda de una fórmula rígida, que de ordinario alcanza a la superficie de la conciencia, el neurótico procura darse un punto fijo y firme para mover el universo.»¹

El psiquiatra de origen judío Alfred Adler, observa en esa “voluntad de poder” –que aparece de manera estructural en la neurosis– es algo que también parecería ser parte de la condición humana. Para Santo Tomás es lo que se llama *soberbia*, y sabemos que se da en la naturaleza caída. Asevera Adler que esta voluntad de poder lleva al neurótico a una *autodivinización*², una especie de *ideal de divinidad*³ al que tiende por su ambición desmedida y afán de dominio.

Para demostrar la correspondencia de la soberbia con esta voluntad de poder estudiada por Adler, citamos al Aquinate, quien se refiere a ella de la siguiente manera: «La

¹ ADLER, A., *El carácter neurótico*, Planeta- Agostini, España 1994, 38. Traducción del original *Über den Nervösen Charakter* (1912).

² Cfr. *Ibid*, 53

³ Cfr. ADLER, A., *Conocimiento del hombre*, Austral, Buenos Aires 1947.

soberbia busca el exceso sobre la recta razón, por ser “apetito de excelencia desmedida”, según anota San Agustín. “Su imitación de Dios es también desordenada, pues, odiando ser igual que los demás, trata de imponer su dominio sustituyendo el dominio de Dios”». ⁴ Y más adelante no duda en afirmar que la soberbia tiene la primacía y es principio de todos los pecados, en cuanto a la aversión a Dios que es lo principal en ellos. ⁵ «La soberbia se fija principalmente en la sumisión a Dios, que menosprecia, y secundariamente desprecia el someterse a las criaturas por Dios.» ⁶

Como el orgullo es contrario a la humildad, Adler también afirma que el neurótico huye de toda situación humillante ⁷, frente a la cual aparecen los rasgos de carácter defensivos y el refuerzo de un artificio, una vida ficticia, con dobleces, alejada de la realidad. Todos los mecanismos neuróticos se activarán «tan pronto el paciente se vea en una situación en la que experimente o prevea una humillación». ⁸ Y confirma esta teoría más adelante diciendo: «Finalmente, la crisis neurótica, a la que puede compararse con la lucha por el poder, tiene la misión de preservar el sentimiento de personalidad de una amenaza de humillación y depreciación.» ⁹ El neurótico se afirma de esta manera con agresividad y hostilidad hacia los demás, en una constante actitud combativa. La sociedad se convierte así en un campo de batalla por «sus desorbitadas ambiciones de dominio. [...] El individuo se da un objetivo final, ficticio, caracterizado por el afán de poder. Este objetivo de superioridad adquiere enorme influencia y pone a su servicio todas las energías psíquicas.» ¹⁰

Para el Aquinate la soberbia se opone a la *humildad* “que busca directamente la sumisión del hombre a Dios” ¹¹ y en cuyo honor se humilla sometiéndose incluso a los demás. ¹² La humildad, como virtud, implica un laudable rebajamiento de sí mismo; ¹³ reprime el apetito para que no aspire a cosas que superan el recto orden de la razón ¹⁴. El mismo Santo Doctor explica que en el término humildad puede incluirse la *humillación* y la virtud misma. «Como dice San Isidoro en sus *Etymol.*, *humilde equivale a pegado a la tierra*, es decir, pegado a lo más bajo. Y esto puede suceder de dos modos. En primer lugar, por un principio

⁴ S. Th. q. 162 a. 1 ad 2.

⁵ Cfr. S. Th. q. 162 a. 7 corpus.

⁶ S. Th. q. 162 a. 7 ad 2.

⁷ ADLER, A., *El carácter neurótico*, 41.

⁸ Ibid, 40.

⁹ Ibid, 45.

¹⁰ Ibid, 45.

¹¹ S. Th. q. 162 a. 5 corpus; q. 161 a. 1 ad 5.

¹² S. Th. q. 161 a. 1 ad 5.

¹³ S. Th. q. 161 a. 1 ad 2.

¹⁴ S. Th. q. 161 a. 1 ad 3.

extrínseco, cuando alguien es despreciado por otro. [...] En segundo lugar, por un principio intrínseco. Esto puede hacerse bien, cuando alguien, viendo sus defectos, se considera pequeño.»¹⁵

Esta voluntad de poder y su ambición es siempre –para Adler– el rasgo principal en la formación de la neurosis en la cual se evidencia un grave desorden en la relación con los demás, siendo claramente un mal para la sociedad. Lo expresa de la siguiente manera: «Y da lugar, a su vez, a un cúmulo de nuevos dispositivos psíquicos dirigidos a asegurarle al neurótico una posición de preeminencia en todas las situaciones de la vida, pero que exacerbaban su agresividad y su afectividad. De ahí que el neurótico se nos presente, por lo regular, como un individuo orgulloso, egotista, envidioso y avaro, que en todo momento pretende deslumbrar, ser él el primero, y que, no obstante, tiembla ante la posibilidad de un fracaso... ».¹⁶

También Santo Tomás muestra cómo el soberbio no sólo contraría la ley divina sino que contraría incluso «el amor del prójimo, porque se antepone a todos los demás y se niega a reconocer a sus superiores, viniendo a oponerse nuevamente por este camino a la ley de Dios, que manda acatar la autoridad de los mayores.»¹⁷ Dice Adler al respecto: «Esta tendencia a la depreciación del otro da lugar a la acentuación de muchos rasgos de carácter destinados a perjudicar a los demás: sadismo, odio, intolerancia, envidia, etc. También la homosexualidad activa y las perversiones que sirven para humillar a la pareja... ».¹⁸

Queda claro que en la patología psíquica el desorden es ocasionado por la exaltación del propio yo, por un afán de dominio, de imposición a los demás, de prepotencia, y de poder sobre el prójimo, que incluso se manifiesta en actitudes de desprecio para demostrar su superioridad. Concluye Adler: «En síntesis: el neurótico también puede elevar su sentimiento de personalidad rebajando a sus semejantes, hasta llegar inclusive, en los casos más graves, a erigirse en señor de la vida y de la muerte, propias y ajenas.»¹⁹ No podemos dejar de reconocer en estos textos publicados a principio del siglo XX, la soberbia y la voluntad de poder que presenciamos en nuestra trágica “cultura de la muerte”, donde los “poderosos” se hacen dueños de las vidas inocentes, débiles e indefensas.

Entre las técnicas neuróticas aparece la *generalización*, por medio de la cual el neurótico intenta demostrar que los demás son también malos, que nadie está libre de vicios

¹⁵ S. Th. q. 161 a. 1 ad 1.

¹⁶ Adler, A., *El carácter neurótico*, 48.

¹⁷ S. Th. q. 162 a. 5 ad 2.

¹⁸ Adler, A., *El carácter neurótico*, 52.

¹⁹ *Ibid*, 52.

(y pecados). La idea de que alguien pueda ser mejor le resulta insoportable.²⁰ Esto lo vemos también en nuestra sociedad que alberga una cierta cantidad de miembros neuróticos (manifiestamente soberbios o con falsa humildad) y donde, por principio, no se concibe que alguien no sea mentiroso o ladrón, o casto...etc. Es más, las conductas fundadas en la voluntad de poder, son las que se presuponen siempre en los demás, sin existir un ideal de hombre honesto y santo. Siguiendo con el análisis de esta patología, dice Adler: «Cada vez que el neurótico se retrae ante iniciativas promisorias y, por lo general, también ante la comisión de actos criminales o inmorales, en seguida se apodera de él el temor de sufrir un menoscabo en su sentimiento de personalidad.»²¹ Su soberbia no le permite proponerse una vida moralmente sana porque se siente inferior al mundo que lo rodea. El neurótico siempre se compara con los demás (para estar “arriba”, ser superior) y aunque algunas veces inconscientemente, pero no tolera que pueda haber alguien virtuoso y más excelente que él.

Adler asegura que el neurótico es claramente “perjudicial a la sociedad”.²² Esta voluntad de poder genera una vida egocéntrica que se opone al *sentimiento de comunidad*, al bien de la sociedad que, para Adler, se da en la vida psíquica sana. Afirma nuestro autor: «Su mirada [la del neurótico] está dirigida casi exclusivamente hacia su propia persona, con completo olvido de todo lo demás. Exige hartos trabajos hacerle comprender el mayor goce del dar sobre el tomar.»²³ Es más, su carencia de sentimiento de comunidad lo lleva a la indiferencia y hasta el odio al prójimo.²⁴ Y aclara más este punto, haciendo una acertada observación sobre la salud psíquica: «Su alegría vital hállase socavada por su insaciable “afán de recibir”. Nunca logra zafarse de la sentencia de insatisfacción, del sentimiento de disminución. Bien diferente es la disposición anímica del donante, cuyo pensamiento se orienta más hacia los otros y que por ello disfruta de serenidad de ánimo y equilibrio.»²⁵ Para Adler la salud mental sólo se logra con un desarrollo conciente de lo que llama sentimiento de comunidad y una renuncia conciente al afán de poder.

El neurótico padece ante la realidad que le toca vivir, se angustia, se obsesiona, sufre el desdoblamiento de su personalidad. Como muy bien expresa Adler: «Hállase encadenado a sus líneas directrices, las toma tan al pie de la letra, y procura llevarlas a la práctica con tanta rigidez que, sin darse cuenta, con ello renuncia a toda solución objetiva y desprejuiciada de

²⁰ Ibid, 166-167.

²¹ Ibid, 27.

²² Ibid, 37.

²³ Ibid, 64.

²⁴ Ibid, 37.

²⁵ Ibid, 64.

los problemas de la realidad.»²⁶ Su ilimitado deseo de superioridad y su afán de poder le hacen perder «la serenidad y la calma de espíritu, que sólo la salud psíquica y la actividad normal pueden procurar.»²⁷

Santo Tomás siguiendo a San Pablo plantea seguir el ejemplo de los buenos en su humildad, y primeramente de Cristo. En el *Comentario a la Carta a los Filipenses* explica cómo el Apóstol exhorta a «vivir siempre alegres en el Señor» (Fil. 4,4), poniendo orden en su ánimo y en sus acciones; viviendo el gozo espiritual, con el alma tranquila («no os inquietéis» Fil. 4,6) y en paz, que significa la ordenación donde Dios ocupa el primer lugar. Y así concluye: “cuanto más santos, menos expuestos a tener la mente perturbada.”²⁸

El verdadero fin que debe guiar la vida del hombre sano, es el «estar unido a Dios por la caridad».²⁹ Exhortando a “trabajar por la salud”³⁰, nos anima a la amistad espiritual, diciendo «los buenos en el terreno espiritual que participan y comunican sus bienes espirituales»³¹, al afecto mutuo concordante en la doctrina «sentid lo mismo; como si dijera: en materia de fe que no haya discrepancia»³² y a la buena relación con el prójimo, donde resalta la humildad que es contraria a la soberbia, a la vanagloria y a la agresividad para con los demás.

Nos dice el Apóstol: «No hagan nada por rivalidad o vanagloria, y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ustedes mismos.» (Fil. 2,3). Dando solución al problema planteado como base de la neurosis por Alfred Adler, es interesante el comentario del Doctor Angélico: «porque como es propio de la soberbia entonarse sobre sí, es propio de la humildad, como pide su medida, abajarse y sujetarse. Pero ¿cómo un superior podrá llevar esto a efecto? Porque o bien de su virtud y su superioridad no advierte ni cae en la cuenta, y así no es virtuoso ni prudente; o bien lo sabe y entonces superior a sí no puede a otro juzgar. Respondo: no hay nadie tan excelente que no tenga algún defecto, ni nadie tan pésimo que no tenga nada bueno. De aquí que no convenga anteponer al otro simplemente, sino que para sus adentros hágase esta reflexión: quizá tenga yo un defecto que él no tiene; [...] Mas demos que en cuanto a todo el uno sea bueno, y el otro requetemalo: eso no obstante, él y tú lleváis en vuestras personas sobrepuesta otra persona, la de Cristo. Si pues no le das ventaja,

²⁶ Ibid, 34.

²⁷ Ibid, 19.

²⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la Epístola de San Pablo a los Filipenses*, Tradición, Mexico 1978, capítulo IV, lección 1, 84

²⁹ Ibid, capítulo III, lección 2, 67.

³⁰ Ibid, capítulo II, Lección 4, 48

³¹ Ibid, Lección 1, 32.

³² Ibid, 33

por razón de su persona, dásela por razón de la imagen divina que lleva en sí (Ro. 12). En tercer lugar los amonesta a que mutuamente miren los unos por los otros diciendo: “atendiendo cada cual, no al bien de sí mismo, sino a lo que redundará en bien del prójimo” (1Cor. 13).»³³

Presenta entonces el ejemplo de la humildad de Cristo que se humilló hasta el misterio de la Encarnación y de la Pasión. Respecto de lo primero, se admira Santo Tomás al ver cómo, estando el Señor lleno de la divinidad, no quedó vacío de ella, y afirma: «¡Y qué tan lindo lo dice: “anonadose a Sí mismo!”», porque lo inane o vacío lo contrario es de lo lleno; y la naturaleza divina está llena y sobrellena siendo el depósito de toda perfección y bondad; la humana, en cambio, no está llena, ni tampoco el alma humana, sino en potencia o disposición a llenarse, pues fue creada como tabla rasa. Así que la naturaleza humana está vacía. Dice pues: “se anonadó”, porque tomó la naturaleza humana. Toca pues la toma de la naturaleza humana diciendo: “tomando la forma de siervo”; porque el hombre por su creación es siervo de Dios, y la naturaleza humana es la forma de siervo (Sal. 99; Is. 42; Sal.3).»³⁴

Entendemos así que Santo Tomás demuestra, en conformidad con la Palabra de Dios, que es necesario ubicarse y vivir según esta naturaleza humana que es creada en la forma de siervo y que no se debe usurpar el lugar de Dios, ni en su relación con Él, ni en la relación con el prójimo que tiene la imagen de Dios.

No sólo nos propone la humildad sino que también nos muestra cómo debe hacerse. Comenta el Angélico: «Enaltece, en segundo lugar, la humildad de Cristo, por lo que hace al misterio de su Pasión, al decir: “humillóse a sí mismo”; y muestra con la humildad el modo: “hecho obediente”. Es pues hombre, más fuera de lo común, porque es Dios y hombre, y, no obstante eso, se humilló (Eccli. 3; Mt. XI). El modo de humillarse y el distintivo de la humildad es la obediencia; porque lo propio de los soberbios es seguir su propia voluntad, ya que los soberbios buscan lo elevado, y lo elevado no se deja gobernar sino que él es el que gobierna, y por eso la obediencia es contraria a la soberbia.»³⁵

La obediencia va contra el impulso de hacer el capricho de la propia voluntad y de pretender cosas más allá de la razón, como veíamos que aparece en el afán de poder neurótico. Afirma el Angélico proponiendo nuevamente la imitación de Cristo: «la voluntad humana a dos cosas se mueve instintivamente: a vivir y a ser honrado; mas Cristo no rehusó

³³ Ibid, 34.

³⁴ Ibid, Lección II, 38.

³⁵ Ibid, 41.

morir (1 P. 3), ni hurtó el cuerpo a la ignominia, como acto continuo dice: “y muerte de cruz”, que es ignominiosísima (Sb. 2).»³⁶

Por todo esto –siguiendo siempre a San Pablo– nos exhorta a obrar bien, pero también nos dice cómo ha de hacerse, pues la humildad requiere de la obediencia que implica un ofrecimiento de la propia voluntad. Lo expresa el Aquinate de la siguiente forma: «habéis de saber vosotros que, si os humilláis como Cristo, seréis también exaltados como Él; y ya que siempre obedientes habéis sido, en esto sedlo también. Y hace mención de la obediencia enalteciendo sus bienes, pues por la obediencia entiéndese toda virtud; que en esto consiste ser justo un hombre, en guardar los mandamientos de Dios (Ro. 6). Asimismo todo bien, cuantoquiera bueno en sí, mejor torna la obediencia (Pr. 21). También porque la obediencia entre las otras descuella y es mayor; porque hacer ofrecimiento de las cosas exteriores sin duda que es cosa grande, mas si del cuerpo lo ofrezco es mayor ofrecimiento, si del alma y voluntad es máximo, y esto lo hace la obediencia... »³⁷

Respecto de la característica del neurótico que está siempre mirando a los demás, comparándose con ellos para estar por encima, obrando según la imagen que causa y para quedar bien delante de los otros, es interesante el comentario que hace el Aquinate a las palabras de San Pablo a los Filipenses (Fil. 2, 12) diciendo que lo que hay que hacer, debe hacerse *fielmente*, «porque el siervo infiel no sirve sino cuando el amo lo está mirando, pues no le importa sino agradar; pero el fiel obra en todo siempre bien, y por eso dice “no sólo cuando estoy presente”; que así al parecer no lo haríais impulsados de buena voluntad (Col. 3,22).»³⁸

En esta invitación a “trabajar por la salud”³⁹ (salutis) pide que se haga virtuosamente, sin murmuraciones, ni discusiones, ni ofensa a nadie, y «en comparación de Dios: “hijos sencillos”; porque el hijo es semejante al padre; pero en Dios doblez no hay; luego seamos sencillos cual conviene a hijos de Dios; y esto es cuando la intención es sencilla, sin doblez; “que el hombre de ánimo doble (o dividido entre Dios y las criaturas) es inconstante en todos sus caminos” (Stg, 1, 8; Mt. X).»⁴⁰

Explica Santo Tomás que la imitación de Cristo implica también su pasión y muerte; de allí la importancia de las palabras de San Pablo: «Así podré conocerlo a él, conocer el

³⁶ Ibid, 42.

³⁷ Ibid, Lección III, 46.

³⁸ Ibid, Lección III, 47.

³⁹ Ibid, Lección IV, 48.

⁴⁰ Ibid, Lección IV, 50.

poder de su resurrección y participar de sus sufrimientos, hasta hacerme semejante a él en la muerte» (Fil. 3, 10).

Muestra el Angélico la necesidad de buscar la perfección pero refiriendo toda la vida a Él: «amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...», es uno de los modos de unirse con Dios en el camino [...] mientras la caridad más y más crece, tanto más el amor por lo vano y terreno descaece, y ataja aquélla para la patria, extinta en el corazón, en la misma medida, la llama de la ambición.»⁴¹

Según el psiquiatra católico Rudolf Allers, discípulo de Adler, la neurosis se cura cuando se da una verdadera metanoia, un cambio profundo que sustituya la soberbia por la humildad; cuando se reconoce la condición de creatura frente a la del Creador. Para el psiquiatra católico, el único libre de la neurosis es el santo, y esto podemos comprenderlo con la doctrina del Apóstol cuando nos dice: «por cuyo amor he perdido todas las cosas y las miro como basura» (Fil. 3, 8). Comenta el Santo Doctor siguiendo de cerca las palabras paulinas: «“todo lo doy por perdido”, considerando esas cosas como detrimento y basura, “en razón de ganar a Cristo”, esto es, de alcanzarlo como el logro de mis deseos, y unírmele por la caridad.»⁴²

Y obrando de esta manera, participando de quien es la luz de los hombres, realmente «resplandeceréis como lumbreras del mundo» (Fil. 2, 15).

Zemira Seligmann

⁴¹ Ibid, Capítulo III, Lección 2, 67.

⁴² Ibid, Lección 1, 62.